

placable de la índole nacional; ejemplos de su actitud crítica son *Radiografía de la pampa* y *La cabeza de Goliat*. Eduardo Mallea, coetáneo de los «Martínfierristas», no participó de sus algazaras. Después de sus «gratuitos» *Cuentos para una inglesa desesperada*, y luego de casi una década de estudioso silencio, dio a conocer una vasta serie de narraciones y ensayos en los cuales el país aparece seccionado en dos zonas: una superficial, corrosiva; y otra sumergida, que oculta tesoros de energía y dignidad. De este rico subsuelo salen los personajes más nobles de Mallea, los de *La bahía de silencio*, *La ciudad junto al río inmóvil*, *Fiesta en noviembre*. El escritor fue uno de los propulsores de la revista *Sur* y dirigió durante un cuarto de siglo el Suplemento Literario de *La Nación*, de Buenos Aires. Mientras Martínez Estrada acentuó su actitud crítica hasta tornarse proféticamente acusador, Mallea fue atenuando su vehemencia inicial, quizá ante el deterioro y el descalabro de los años peronistas y los posteriores y fracasados intentos de restaurar el orden nacional. En uno y en otro el compromiso nunca deslució al arte.

PROMOCION DE SINTESIS

Para Sábato la oposición Florida-Boedo (literatura estética-literatura social; gratuidad-compromiso) tendría dos arquetipos: Jorge Luis Borges y Robert Arlt. Lo son en sus comienzos, luego desbordan las casillas de la antítesis. Borges es mucho más que «bizantino y preciosista», según lo califica un personaje de Sábato en *Sobre héroes y tumbas*. En su lenguaje y en su inventiva, la herencia lúdica de la vanguardia ultraísta y martinfierrista cobra dimensiones insondables. Arlt, por su parte, supera los temas y la pobreza imaginativa de la literatura social, para abismarse en honduras que los expresionistas alemanes manifestaron con impresionante sentido del contraste, del claroscuro literario. Personajes raros, extravagantes, grotescos desfilan por sus ficciones, tan ajenas al elemental realismo de los autores sociales. Por esta veta antirreal, característica de la literatura contemporánea, ambos llegan a aproximarse. Borges y Arlt se sitúan en un estrato de la vida y de las letras que, evidentemente, deja atrás tanto la superficie preciosista como el remedo de la realidad visible y tangible.

Entre esas corrientes, cuyo itinerario en el tiempo he tratado de rastrear, se autoubica Sábato en el mencionado «Interrogatorio preliminar» de *El escritor y sus fantasmas*. «Al producirse la crisis

universal de 1930 terminó aquí la era del liberalismo y, como consecuencia, empezó el derrumbe de una serie de mitos, instituciones e ideas. En esa atmósfera crítica se formó la nueva generación de escritores a la que pertenezco, y la estructura literaria se complicó radicalmente: en algunos representantes de la literatura «pura» se acentuó poco a poco el encierro en su torre o la evasión; en los herederos de Boedo se agudizaba el acento social o se hacía más duro, a causa del auge del marxismo leninista; en otros, en fin, desgarrados por una y otra tendencia, oscilando de un extremo al otro, terminó por realizarse una síntesis que es, a mi juicio, la auténtica superación del falso dilema corporizado por los partidarios de la literatura gratuita y de la literatura social. Estos últimos, sin desdenar las enseñanzas estrictamente literarias de Florida, trataron y tratan de expresar su dura experiencia espiritual en una creación que forzosamente los aleja de la gratuidad y del esteticismo que caracterizaba a ese grupo, sin incurrir, empero, en la simplista doctrina de la literatura social que informaba al grupo de Boedo. A esta promoción de síntesis creo yo pertenecer.»

Sábato aparece en la escena literaria en la década de 1940. Antes ha sido dirigente político e investigador científico. Desde sus comienzos afirma la voluntad y la necesidad de participar, de intervenir en los debates acerca de los problemas fundamentales de la sociedad contemporánea. Actúa en organizaciones estudiantiles anarquistas, se afilia al Partido Comunista y llega a ser secretario general de la Juventud Comunista. Viaja a Bruselas como delegado del partido al Congreso contra el fascismo y la guerra, pero en esa circunstancia abandona la reunión internacional y rompe con el partido. Desde entonces sus intervenciones las efectuará a título personal. Vuelve a la ciencia y ella parece devolverle el orden y la claridad que necesita; le devuelve un perdido arrobamiento. «Todavía recuerdo —le dice a María Angélica Correa en *Genio y figura de Ernesto Sábato* (Eudeba, 1971)— el éxtasis que experimenté en la primera demostración de un teorema. Todo el orden, toda la pureza, todo el vigor que faltaba en mi mundo adolescente y que desesperadamente anhelaba, se me reveló en aquel orbe transparente de las formas geométricas». Acaso siente, como en el poema de Baudelaire («La invitación al viaje») que «allí todo es orden y belleza, lujo, calma y voluptuosidad». Doctorado en física, recibe una beca para trabajar en el Laboratorio Curie de París, pero nuevamente tránsfuga, deja los trabajos científicos, deslumbrado por la experiencia surrealista, cuya irracionalidad choca con los mundos racionales de la ciencia

y el marxismo, meras construcciones abstractas. La ciencia degenera en tecnología y tecnocracia; el marxismo, en dictadura. Ambas avasallan al hombre de carne y hueso, al hombre existencial; desconocen su soberana jerarquía, son engranajes que trituran su dignidad. Esta convicción nutre de energía la vida y la obra de Sábato. Opina y polemiza en sus libros y también en declaraciones, cartas y entrevistas periodísticas, pero no se afilia a partido alguno ni acepta la función pública (salvo su breve actividad de funcionario cultural en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en 1958). Es escritor puro, pues escribir constituye su tarea sustancial; y comprometido, en cuanto el escritor (vuelvo a citar el «Interrogatorio preliminar») debería «entrever los valores eternos que están implicados en el drama social y político de su tiempo y su lugar».

ESCRITOR PROBLEMÁTICO

Sus ensayos de *Uno y el universo* (1945), *Hombres y engranajes* (1951), *Heterodoxia* (1953), *El escritor y sus fantasmas* (1963), *Tres aproximaciones a la literatura de nuestro tiempo* (1969) reiteran, extienden y ahondan la imagen del escritor problemático. Pero los problemas que lo preocupan y obsesionan en el principio no conciernen de un modo particular a lo argentino. La ciencia y el marxismo comienzan por situarlo en un plano general, internacional. Sus lecturas juveniles parecerían prescindir de la contribución argentina. En una de sus declaraciones a María Angélica Correa confiesa que «era más fácil encontrar jóvenes que leyeran a Gorky que a Mansilla o Cané. Esta fue una de las grandes contradicciones de nuestra formación y uno de los hechos que durante tanto tiempo cavó abismos entre nosotros y nuestra propia patria: por tomar contacto con una realidad fuimos enajenados de otra». Sábato y las figuras de su promoción miran hacia afuera en un momento del mundo en que los problemas se tornan generales. Las comunicaciones, por su lado, tienden a facilitar el pulso unísono de la vida. *Uno y el universo* da la medida de la afirmación del hombre en medio de una inmensidad que va más allá del planeta. Lo que importa es preservar al hombre concreto, liberarlo del fetichismo de la ciencia, así como de las ideologías totalitarias que a la sazón dominaban buena parte de Europa e iban a incendiarla en otra guerra mundial. También importa, consecuentemente, preservar a la literatura de la tendencia puramente ingeniosa.